

La casa del portón grande

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

Mi amigo el de la casa del portón grande, ubicada en mi barrio, era un personaje extraño, realmente complejo. Su vida tenía un no sé qué de misterio y su personalidad era distendida, con repuntes de esquizofrenia y todas esas raras vainas mentales que pueden ser observadas en un manicomio ... ¡o en la calle!. Aún hoy día, después de tanto tiempo de los hechos que te he de narrar, no sé qué pensar.

Te digo que era peculiar, muy extraño. Me vi envuelto en su vida por los siempre misteriosos azares del destino. Después de casi una década de haber salido del colegio me lo encuentro y como quien no quiere la cosa metí mis narices en su vida. Fue una experiencia que aún me da en qué pensar, me dejó confundido, sumamente confundido. ¡Me quedaron dudas del tamaño del mundo!

Extraje la enseñanza más grande que la vida puede darle a un ser humano: el saber que no nos conocemos hasta que llegamos a nuestros límites, o mejor dicho a lo que consideramos nuestras fronteras, esas fronteras porosas que nos dibujamos a nuestro alrededor.

En fin, lo que te contaré es difícil de explicar, por eso debes mantener la mente abierta, muy abierta. Pero que estoy diciendo, ¡eres escritor! Esta historia podrías redondearla con tu mágica pluma y crear algo de interés, un tema para leer, aunque sea para entretenimiento solamente.

Después del anterior breve preámbulo, comienzo mi peculiar historia... ¡Cabrón corcho que se niega a salir el muy... ya, ya salió! ¡No sé como se pegan tanto al vidrio estos putos corchos! Antes de la historia tomemos un vinillo, la garganta funciona mejor húmeda. Es un buen vino, chileno... Sí, es reserva, un merlot impecable... ¡Ya casi está a punto la carne que puse en el asador!...

Pues bien, durante los días del cole, al amigo de marras le rehuía porque creo que me sentía rebajado ante su presencia. ¡Sí, no te rías! En esos días de juventud, uno ponía a ciertos individuos sobre altares, a veces inmerecidos. En otras ocasiones, quería estar a su lado. Estar con el guapo del grupo. Ser creído su amigo daba puntos en el mundillo social adolescente.

Él tenía una personalidad extrovertida, sin problemas, lo que le daba una atmósfera de resolución, de seguridad. Sin embargo, he de reconocer ahora, después de que ha pasado mucha agua debajo del puente, como decía mi tío, que Felipe fue una persona solitaria, introvertida, con muchos problemas, contrario a lo que quería que la gente viera en él. Era un agradable cascarón, muy trabajado con el fin de ser aceptado en la vida adolescente.

Era muy inteligente, dotado de una mente prodigiosa, pero tan vago que siempre raspaba la nota de siete en los promedios. Él decía que no era vago, sino que perfilaba pensamientos más elevados que la mayoría de los estudiantes, que solo buscan estudiar para un título, pero para él eso no tenía sentido y, en cambio, vislumbraba mundos diferentes. No sé si él se lo creía, pero lo decía con tal seguridad y convicción y ponía un rostro tan serio, que quien lo escuchaba terminaba por aceptar su razonamiento y hasta lo felicitaba. ¡No! si era un perfecto descarado. Era como un gato, que siempre cae de pie. Hoy, a la distancia del tiempo, siento que pudo ser un perfecto político. ¡Sí, no te burles! Su encanto natural convencía a todos los oyentes, igual que los políticos.

Me acuerdo de una escena que él protagonizó en el colegio, una de las historias más extrañas de nuestra generación. Estábamos en clase de estudios sociales, el profesor preguntó algo complicado y él respondió sin esfuerzo alguno. Siendo así, el profesor lo felicitó por haber dado una respuesta tan inteligente, tal y como su hermano respondía le recordó el profesor. Cuando lo vemos demudar el rostro y dar gritos sin sentido. Decía a todo pulmón no haber respondido para que un jodido profesorcillo le dijera palabras zalameras y superfluas y mucho menos compararlo con su hermano.

El profesor, consternado, viendo a Felipe tan violento, se acercó y le palpó la cabeza diciéndole que no quiso ofenderlo, más bien exaltarlo ante los compañeros por la buena respuesta. En ese momento, lo vio con ojos irónicos y lanzó una estrepitosa carcajada que hizo retroceder al profesor y le dijo algo así como solo las almas pusilánimes pedían perdón. Luego, ante la mirada consternada de todos, se levantó como un gallillo de pelea, tomó los cuadernos y abandonó el aula dando un soberbio portazo al salir.

Felipe era bien parecido, rostro perfilado color caramelo debido a un bronceado bien trabajado, ojos color café claro, enmarcado por una cabellera corta de un tono café claro brillante a los rayos del sol. Todo esto le daba una apariencia lozana. Su contextura esbelta y robusta pero delgada, permitía que todos sus movimientos se apreciaran resueltos, desgarrados pero con arte, como si fueran meditados con mucha antelación. ¡Dentro de él bullía un artista!... Bueno, sí, antes dije que era un político, y sigo pensándolo, pues un político es un artista del histrionismo...

¡Tienes razón, esa frase hay que celebrarla con otro vinillo!

Su sonrisa es encantadora, en el cole a todos nos subyugaba, y aunque estuviéramos enojados por algo que hiciera, una sola sonrisa evaporaba el enojo y se convertía en perdón. Era de esas personas que hicieran lo que hicieran siempre caían bien. Siempre andaba detrás de las compañerillas diciéndoles cositas al oído. Estas rompían en risillas de complicidad y muchas lo tenían por un ídolo.

Le conocí varias novias, aunque estas no duraban mucho con él. ¡Era lo que se llama un picafior!

Siempre decía que la gente del otro equipo, -aún no se acostumbraba el término gay-, era gente detestable, la veía y decía sentir náuseas. Teníamos un compañero raro, Ernesto, y este siempre era puyado por Felipe, hasta el extremo de que un día pasó bastante tiempo castigado en la dirección del colegio porque le dio un formidable golpe en la barbilla y le reventó un diente... ¡Sí, sí, por supuesto, el golpe lo recibió Ernesto!...

Después de ese episodio, un día, creo que domingo, estábamos muchos compañeros y compañeras en un paseo en el río cercano. Era un día hermoso, soleado, el azul infinito del cielo daba un aspecto brillante a la mañana espléndida. Una brisa refrescaba el ambiente. Era un recodo del río que siempre visitábamos porque parecía como encantado. Algunos compañeros estaban ya chapoteando en la poza cercana, otros jugaban con una pelota, otros y otras charlaban amablemente.

Felipe estaba bien abrazado a su novia, y de un momento a otro empezó a dirigirle la palabra a Ernesto, que estaba como siempre lo hacía, junto con las compañeras bajo un higuerón viejísimo, que daba una acogedora sombra para protegerse de los intensos rayos solares, que ya por esas horas hacían estragos en las pieles poco acostumbradas a recibirlos. Todos pensamos que otra vez se armaría la gorda, pero la situación transcurrió con suma normalidad. Le prometió no volver a golpearlo, luego se levantó, se aproximó a Ernesto, lo abrazó y le estampó un sonoro beso en la boca que todos los que presenciamos la escena nos quedamos helados.

Ernesto se puso rojo, como pipí de pequinés... Ja, ja, ja, ja, ¡te hizo gracia el chascarrillo!... Pues bueno, a la noviecilla no le hizo ni pizca de gracia el asunto, casi se le salen los ojos de sus órbitas, pero, como si nada, Felipe volvió a su lado, la abrazó y siguió tal si nada hubiera ocurrido. Todos pensamos que el beso había sido una burla más de Felipe hacia Ernesto. Lo gracioso es que esa acción propició la séptima ruptura amorosa de Felipe durante ese año.

¡Ya está la carnilla asada! Sírvete a tu gusto, ahí está el chile, es habanero, del fuerte, muy fuerte... ¡Sí, tienes razón! Generalmente no al día siguiente, sino a la semana, uno recuerda con un peculiar escozor lo comido...

Bueno volviendo al cuento, le perdí la pista a Felipe una vez concluido el periodo colegial. Hasta después de diez años lo veo viviendo en mi mismo barrio. ¡Con veintisiete años encima no había cambiado nada! Me vio, nos vimos y llegó a saludarme efusivamente. Debo reconocer que me extrañó el encuentro y al mismo tiempo me alegró. Abordamos el mismo bus y el trayecto se nos hizo pequeño recordando y actualizando datos de vida.

Me comentó que había estudiado literatura y trabajaba medio tiempo como editor en una casa editorial de prestigio. Estaba escribiendo, ya había probado suerte con algunos cuentos largos que le habían publicado. Aparte de eso trabajaba medio tiempo en un ministerio del gobierno en asuntos de administración y económicamente no le iba nada mal. Al bajarnos en la terminal en San José, se acercó una linda muchacha. La abrazó mientras le estampaba un beso y me la

presentó como su novia. Hablamos un rato más y nos separamos. Me dijo que lo visitara, vivía en la casa del portón grande, claro, era la única casa con portón grande de mi barrio, y le dije que el sábado llegaría en la mañana.

Debo reconocer que me alegré con el encuentro. Solamente habían transcurrido diez años y por lo tanto los recuerdos estaban frescos en la memoria. El haber visto a Felipe me dejó melancólico, añorando el pasado, suspirando por esos deliciosos años de juventud. Realicé lo que tenía pendiente en San José y de regreso a mi casa, volví a recordar los años de colegio.

Me vino a la mente, como un chispazo del pasado, una ocasión en que estábamos estudiando en su casa hasta bien entrada la noche. Era marzo, apenas habíamos entrado al nuevo curso lectivo y ya la siguiente semana teníamos un examen corto de matemática. Yo no soy bueno con los números ni tampoco Felipe, entonces llegué a su casa para estudiar. ¡El mae era un descarado! Hacía las cosas sin inhibición alguna. Resulta que la tarde estaba bochornosa, el sol había calentado la tierra como le dio la gana y el calor abrazaba, en eso se levantó Felipe y me dijo que se iba a bañar; a los quince minutos, lo veo venir enteramente desnudo, chorreando agua por todos lados. ¡Me quedé frío! Llegó a mi lado, se sentó y como si nada siguió estudiando las ecuaciones. ¡Así era mi buen Felipe!

El sábado, como se lo prometí, a eso de las diez de la mañana estaba enfrente de la casa del portón grande. Toqué el timbre. Esperé. La puerta se iba abriendo lentamente, o por lo menos así la percibí en ese momento. Me disponía a saludar a Felipe y me sale Ernesto, ¡en pantaloneta! Me saludó efusivamente, me hizo pasar a la estancia principal. Felipito, como le llamaba, había salido a comprar unos espaguetis y otros alimentos, pues suponía que me quedaría a almorzar.

-¡Ernesto! ¿Cómo estás? ¡Hace tiempo no te veo!- Le di la mano mientras trataba de ocultar mi sorpresa, pues era Ernesto la última persona a quien esperaba ver en casa de Felipe.

Esbozando una leve sonrisa, Ernesto me ofreció un trago. Se sentó, tomó el suyo y le puso un cubo de hielo. Lo recordaba jovial, aunque a veces reservado, era el primero en la clase. Sacaba casi siempre notas sobresalientes. Era muy buen estudiante. Siempre andaba con las chicas, eran sus mejores amigas. Estudió educación y daba clases a medio tiempo en un colegio de San José. Había cambiado algo, por ejemplo su cara, antes era más redonda y todo él era más rechoncho. Ahora, en cambio, mostraba una cara más alargada y afilada, se le había borrado un hoyo que se le formaba en una de sus mejillas. Estaba más espigado, palabra que había mejorado enormemente. Había perdido algo de cabello, pues le adornaban dos grandes entradas que antes no tenía. Me perforó con su mirada, como solía hacer durante el colegio. Esos ojos color café muy oscuro, eran inquisitoriales.

-Muy bien, gracias, Enrique. ¡Pareciera que te sorprendió verme! – al momento se llevó, con cierto garbo bien estudiado, el vaso a la boca.

La pregunta fue directa. Me hizo enrojecer y al mismo tiempo odiarme por no mantener mis emociones bien ocultas. Bajé la vista, me puse colorado como un tomate, me incomodó tanto y por disimular me levanté con la excusa de admirar

una orquídea floreada.

-*¡Qué linda está! En casa tengo de estas pero aún no me han florecido.*-, mientras tanto, mi sorpresa seguía ahí, bien clavada en mi curiosidad. ¿Qué estará haciendo Ernesto acá? Me preguntaba y se me instaló una duda del tamaño del universo, mientras tanto seguía mi rostro rojo como brasa.

-*Sí, está bonita. ¡Me la compró Felipe!*- Terminado de decir esto se dedicó a observar mi reacción. Una sonrisa maliciosa se asomó al rostro bien cuidado de Ernesto.

Con la orquídea como parapeto me vino un recuerdo de colegio que desgraciadamente protagonicé. No me sentí orgulloso por lo actuado en aquel momento, pero el qué dirán entre adolescentes es un aspecto muy fuerte y generalmente ligado a lo popular. Resulta que estábamos en la clase de educación física y el profe empezó a formar parejas para realizar un ejercicio.

A mí me correspondió Ernesto, entonces, como si gritara, le dije al profe que con ese maricón no quería nada. Realmente Ernesto nunca me cayó mal, y no sentía aberración porque Ernesto fuera raro, como se solía decir en ese tiempo. Pero ese día, cuando el profesor me puso de pareja a Ernesto, vi de reojo a mis compañeros echarse risillas maliciosas, fue ahí donde no resistí esa presión y lo rechacé *ad portas*. ¡Era el temor a la burla cruel y descarada de mis compañeros! Sé que fue una estupidez, resultado de nuestro terror al rechazo.

-*¡Hace cuanto vives en este barrio, Ernesto?*- le pregunté, por abordar una forzada conversación.

-*Yo tengo menos de dos años de vivir con Felipe. Él tiene ya tres años de estar por acá. ¿Y tú? ¡Te ves muy bien!*- Ya iba yo a contestar, cuando en ese momento abrieron la puerta y Felipe entró con una bolsa del supermercado cercano, cargada de alimentos que se disponía a sacar. Se contuvo cuando me vio, dejó la bolsa de víveres y llegó con una de sus típicas sonrisas a abrazarme eufóricamente.

-*Ernesto saca las cosas de la bolsa. ¡Qué dicha que llegaste, Enrique! Sabía que vendrías. ¿Te gusta el espagueti?* – Me tomó por los hombros mientras me observaba.

-*¡Sí, de hecho me gusta prepararlo!*- Dije con sorna.

-*Claro y me alegro que te guste el arte culinario, pero eres mi invitado y te toca descansar. ¡Si no me tienes asco, yo lo preparo! O mejor aún tenemos al esclavo que lo puede preparar.*- Señaló a Ernesto y otra sonrisa acompañó el comentario. Ernesto dejó salir una velada sonrisa mientras su vista quería fulminar a Felipe.

-*¡Ay, por Dios! ¡Qué ocurrencia!*- Y solté a mi vez una carcajada. –*De veras, si quieres te puedo ayudar con el almuerzo, a mí me gusta cocinar, me siento como en la clase de química* - Me ofrecí, sintiendo que el comentario hacia Ernesto había sido acompañado por un irónico gesto de parte de Felipe.

-*¡Entonces muy mal has de cocinar, porque me acuerdo que no eras bueno en esa materia!*- y soltó la carcajada que yo acompañé con euforia.

-*¡Ernesto, ve poniendo el agua en la cocina! ¡Te dije que la pusieras!! ¡A veces pienso que eres tonto!*- lo dijo con tal tono que podía interpretarse que realmente regañaba a Ernesto.

-¡Perdón, jefe, es que me entretuve charlando con tu invitado!- le lanzó otra mirada fulminante y se dedicó a sacar los productos de la bolsa del supermercado.

Felipe lo traspasó con una gélida mirada que perforó la seguridad de Ernesto, quien apresuradamente puso el agua en el hogar. En un momento en que Felipe estaba ocupado sirviendo dos tragos, coincidimos las miradas Ernesto y yo, pero me la retiró muy rápido y su cara se pintó de rojo. En ese ínterin me sentí incómodo. Di una mirada a la habitación donde estábamos y me agradó el arreglo que tenía. Era la sala de estar, amueblada y decorada sobriamente. La tonalidad azul claro de las paredes invitaba a la reflexión, al pensamiento. En una esquina se encontraba un estante cargado de libros bien dispuestos. En otra esquina se podía observar, cómo no hacerlo, un enorme jarrón de un azul intenso con decorados chinos dorados, o así me lo parecieron. Después estaba una barra que servía posiblemente de desayunador que aún tenía el menaje del desayuno. Servía, además, de separación entre la sala y la cocina. Esta tenía un color amarillo paja en una pared, la otra estaba pintada de verde agua muy claro. También la decoración era impecable. Me llamó la atención la figura redonda y saludable de un cocinero italiano, que exhibía en su rosado e inflado rostro un mostacho puntiagudo similar a los que mostraban los villanos de las películas mudas.

-*Qué curioso que no nos encontráramos antes, Enrique.* –Felipe, a la par mía me ofrecía aumentarme la bebida que yo estaba tomando y rompió mi etapa de observación. Lo volví a ver e intuí que él me escrutaba en medio de una sonrisa que sentí bien ensayada.

-*Quizás sea porque salgo muy temprano de mi casa y vuelvo tarde, porque a menudo me quedo tomándome algo en San José. Además, siempre he sido un distraído de mierda.* Esbocé una sonrisa igualmente ensayada. Tomé el vaso que me ofrecía e inmediatamente me lo llevé a mi boca. El sabor era algo diferente, me di cuenta de que le había puesto licor de menta para hacerlo más refrescante.

Esa noche, en mi casa volví a repasar todo lo ocurrido durante la visita a casa de Felipe. Era obvio que Felipe era el macho dominante en la relación, que intuyo, mantendría con Ernesto. ¿Obvio? ¿Felipe y Ernesto, juntos? Reviví el momento cuando después del almuerzo estábamos viendo la tele, era un avance de noticias y la presentadora comentó algo en relación con los derechos de la comunidad gay al matrimonio. Felipe puso violentamente el trago en la mesa de centro. El comentario que se permitió decir fue extraño, me dejó pensativo.

-*¡Esos asquerosos playos y sus derechos! Ja, ja, ¡Solo sirven para poner el trasero! ¡Derechos! Ahora todo el mundo reclama sus derechos, ¡qué asco! Y de remache se quieren casar, ja ja. Luego qué van a pedir: ¿tener familia?* – Sentí que hacía el comentario para irritar a Ernesto.

En ese momento Ernesto se ponía escarlata. Se levantó y se sirvió otro trago. Al volver se sentó y quedó callado, completamente pensativo, la mano que sostenía el vaso le temblaba ligeramente. Al rato, viendo siempre la pantalla, Ernesto dijo apoyar el reclamo de los derechos, en una sociedad patriarcal que nos los quita y nos ignora como grupo social, dijo. Entonces, Felipe volvió a ver a Ernesto, le dio unas palmaditas en la cara, y dijo algo así como ¡oh Ernestito, tan sencillo! ¡Culequito de mierda! Eran los mismos comentarios que lanzaba

durante los años de colegio. ¡No había cambiado nada! Era siempre el mismo: el encantador y deslenguado Felipe.

Esa noche, al salir de la casa del portón grande estaba confundido. Si odiaba tanto a los gays entonces por qué motivo Felipe vivía con uno de ellos. Esto porque Ernesto nunca ha negado su condición. Llegó a mi mente otro recuerdo del colegio. Una vez terminada la clase de educación física, nos dirigimos en manada a los baños y cuando llegamos Ernesto se estaba vistiendo. En eso a Felipe se le ocurrió molestarlo. Hizo una seña a varios de sus amigos, quienes cerraron la puerta y lo tomaron por los hombros y Felipe empezó a desnudarlo. Una vez que lo hubo hecho, lo empezó a molestar y decirle cosas, le tocaba la cara y denigraba con palabras y gestos obscenos. Ernesto se removía tratando de desasirse de sus captores, suplicaba que lo soltaran, hasta el punto de largar el llanto en cualquier momento. Luego lo echaron a patadas del baño, desnudo, al corredor, donde los demás estudiantes se morían de risa y hacían una serie de chiflas que se oyeran por todo el colegio. Fue un momento realmente incómodo. Reviviendo ese recuerdo, no me quedan claras las circunstancias para que personas tan diferentes llegaran a convivir en la misma casa.

El sábado siguiente, cuando salí a comprar pan, vi a Ernesto, quien rehuyó mi presencia pero apreté el paso, lo alcancé y lo saludé. ¡Tenía un enorme moretón en el ojo derecho! Disimulé. No le pregunté por el sensacional morete, no se le veía mal, debo reconocer. Hablamos incoherencias hasta que nos separamos. Tenemos que hablar, me dijo Ernesto. Me llamaría. Me quedé con una gran duda que me carcomía la curiosidad. ¿Qué sería lo que Ernesto tenía que contar?

¡Tienes la copa vacía! Está más seca que el Atacama. Dame y te sirvo otro vinillo... Todavía queda carne en el asador, por si quieres otro pedazo... si no, ahí tengo un queso muy pero muy bueno. Va con el vino que estamos catando...

A ver, ¿dónde quedé en la historia? Era domingo en la tarde, estaba esperando el bus y llega Felipe, me saluda y veo una leve hinchazón en su mano izquierda. Se dio cuenta de que le observaba la mano y me indicó haberse lastimado cuando hacía un trabajo en su casa. Luego me contó que Ernesto estaba fuera del Valle Central, visitando a unos parientes en Miramar. Estaba solo y aburrido, pues la novia que me había presentado había terminado con él desde hacía cuatro días.

-¡Esas viejas son tan posesivas! No me gusta que me pregunten dónde estoy, qué estoy haciendo, con quién estoy. En fin quebré con ella. Pese a que lloró, pataleó, suplicó, no quise volver. ¡De todos modos hay siete viejas para cada hombre! Una risa de Felipe cerró el tema. Ingresamos en una cafetería a regar nuestra charla con un café. La charla pasó por todos los temas y terminó en literatura, al parecer, uno de nuestros temas comunes.

Fue una charla sabrosa, con envidia. Discutimos sobre la novela de Gabo *Cien años de soledad*, nos dio cerca de las diez de la noche, hora de cierre del café, aún quedaban algunos comensales ocupando una o dos mesas. En ese momento estábamos discutiendo sobre el significado de las famosas mariposas amarillas. Nos levantamos y salimos cansados pero satisfechos. Me miró y me preguntó si quería tomarme un trago en su casa.

Media hora más tarde nos tomábamos unos whiskys en la casa del portón grande. Entre charla y charla fue pasando el tiempo. Era la una de la madrugada, ya nos habíamos tomado varios tragos y Felipe, fija su mirada en la mía, comentaba ser un desdichado, con una vida que no era ni lo más parecido a lo que yo me imaginaba. Me tomó por sorpresa el comentario. ¡Ajá, conque el gran Felipe era vulnerable! Pero además, ¿qué pensaba Felipe sobre cómo yo imaginaba su vida?

-Desde el colegio, me he sentido inferior y desdichado, Enrique.- Dijo esto con lágrimas que le bajaban por las mejillas. *-Mi padre, un alcohólico abusador abandonó a mi madre. Ella no tenía dignidad, pues la vejaba, constantemente la amenazaba y llegaba a los límites del castigo físico. ¡Le pegaba! ¡Sin embargo, lloró miles cuando mi padre la dejó! Luego, ella se abandonó a tal estado, que yo volvía del colegio y seguía en la cama, sintiendo lástima de sí misma. Después de algún tiempo, mi madre conoció a un fulano con quien se fue a vivir lejos de nosotros, a los meses de salir de quinto año. Desde esa ocasión rara vez he vuelto a verla. Dicen que vive bien, allá por San Carlos, donde el fulano ese tiene una finca enorme. En fin, fuimos una familia que se puede llamar disfuncional.-* Se sirvió otro trago y siguió contándome su vida. Su hermano, cinco años mayor que él, era buen estudiante, le gustaba tocar guitarra, actuar en las obras de teatro y de baile en la escuela y posteriormente en el colegio. *-Papá siempre le decía que no era hombre, no le gustaba tener una “señorita” en la casa.-* Quedó pensativo por unos segundos.

-Mi padre llegaba siempre con sus amigotes a ver los partidos del fútbol, majes rudos, soeces, borrachines como el viejo, y volvían a ver a mi hermano con desprecio. Fueron ellos los que indujeron a mi padre a odiar a mi hermano. Yo en cambio, debo reconocer que lo admiraba.-

-¡Pero las cosas tienen que diluirse con el tiempo! ¡Luego uno sigue con su camino, sin ver atrás!- Reconozco que no fue un aporte muy inteligente de mi parte, sonó artificial, como hueco y esto lo intuyó Felipe.

-¡Claro, si se ve para atrás uno se vuelve una estatua de sal, tal y como la roquilla esa de la Biblia!- Una sonrisa cargada de ironía iluminó por unos instantes el rostro de Felipe. *-Hablas así porque tu vida fue diferente. No tuviste los problemas de mi hogar. ¡Tus padres fueron los antípodas de mis tatas! Tus hermanos fueron normales, nunca... En otras palabras, toda tu familia fue diferente. Además, no tuviste que soportar a los maestros en la escuela y después en el colegio, compararte con tu magnífico hermano mayor. Sabes, era... Es insoponible tratar de competir con la imagen de tu pariente.-* se quedó silente por unos segundos, mientras hilvanaba la historia.

-¡Te digo una cosa, Enrique! Pese que no fuimos mejores amigos durante el colegio, siempre te admiré!- Me extrañó su comentario, le pregunté qué diablos vio en mí que tuviera siquiera algo de admirable si no fui buen estudiante, ni atleta, tampoco un maje atractivo a las nenas como para que me admirara por eso. Tan solo fui alguien del montón.

-Tú eras diferente a todos, no sé, eras alguien especial. Lo que admiraba de ti era justamente tu simpleza. Eras de los que no les preocupa qué piensa la gente,

ni las apariencias. Esas malditas apariencias por las que la mayor parte de los seres humanos nos desvivimos y a veces caemos en lo más profundo de la estupidez.- Me acordé del episodio cuando rechacé a Ernesto, y me sentí mal, pienso que me sonrojé en ese momento.

Nos quedamos callados, meditando. Era una madrugada ventosa, fría, caía una pertinaz llovizna decembrina, típica de mi pueblo. Al momento sonaron dos campanadas del reloj del templo, cuyo sonido se diluyó en las sombras. La neblina hacía que las luces del alumbrado público se vieran a la distancia como grandes esferas oscilantes en el claroscuro de la madrugada. A lo lejos, el triste aullido de un perro, mientras se oían los gallos cantarle al macho que llevan dentro.

-Porque debes saber, Enrique, talvez hace mucho lo has descubierto, yo soy un esclavo de las apariencias. ¡Sí! no me mires así entre incrédulo e hipócrita. Tú lo has sabido desde el momento en que te invité acá a mi casa, cuando... - me miró como con un viso de rencor, posiblemente los tragos estaban haciendo ya su efecto.

-¿Pero y la novia que me presentaste hace unos días en San José?- Le espeté la pregunta de tal manera que lo dejó por algún momento sin armas y trastabillando. Miró su trago, lo agitó y tomó un sorbo. — *¡Eres un pegue con las mujeres!* — le dije, pero me volvió en ciento ochenta grados la conversación.

-Mi hermano fue mi gran compañero y amigo. Siempre lo admiré, mucho, muchísimo. ¡Era encantador! Era...- se quedó pensativo por unos segundos, segundos que la tirantez del momento convirtieron en años. Miró al piso. Respeté su silencio, esperé pacientemente que continuara su relato.

-¡Era mi hermano! Un día fuimos con algunos amigos y primos a la playa. A Puntarenas. Nos alojamos en el hotel Las Hamacas. ¡Sí! ese hotel viejo de los cincuentas. Nos fuimos todos a la playa. A jugar pelota. A correr. A tirarnos contra las olas. Mi hermano estaba con un amigo que había conocido hace unos días y habían hecho buenas migas. Estaban echándose unas frías y por algún tiempo los dejé de ver.-

Cortó nuevamente la narración, tomó un trago, se levantó del sillón y fue medio trastabillando hacia el refrigerador. Extrajo un queso enorme con agujeros, tomó un cuchillo, trajo todo eso y lo puso sobre la mesita de la sala, donde estábamos conversando.

-Creí que tenías hambre. Toma una rebanada, es un queso muy rico. ¡A mí me gusta!- Me extrañó ese cambio tan repentino. Supongo que la acción lejos de solucionarme mi hambre, era para aliviar la tensión del momento. Tomé un pedazo de queso, y sí, estaba delicioso. Lo engullí al instante y luego tomé otro, debo decir que tenía hambre. ¡Uno joven come mucho! Felipe tomó un trago y retomó la conversación.

-Bueno, ahí estábamos en la playa. Ya eran cerca de las cinco de la tarde y no había vuelto a ver a mi hermano. Necesitaba que me prestara dinero para el baile de la noche. Lo busqué y alguien me dijo que había visto a mi hermano y su amigo dirigirse ya hace algún rato al hotel. Entonces me fui casi corriendo. Llegue a la habitación de mi hermano, y con el atolondramiento de la juventud, yo estaba en ese momento en tercer año, no toqué como corresponde, sino que

entré precipitadamente.- quedó momentáneamente callado, como hilvanando los recuerdos, me miró, luego me retiró la mirada y la dirigió al piso, se quedó así, como quien tiene una lucha interna para que las palabras salieran. Después de una larga pausa retomó el hilo de la charla -*¡Cuatro ojos muy abiertos se quedaron viéndome, entre asustados y confusos! ¡Mi hermano estaba desnudo encima del amigo quien desnudo también estaba sentado en una silla conectando a mi hermano!*- tomó aliento y prosiguió su relato.

-¡Fueron escasamente tres segundos pero me parecieron siglos! Cerré violentamente la puerta y me fui a correr por la playa. A correr, correr, quitarme la visión de mi hermano y su amigo que constantemente rebotaba de mis ojos a mi cerebro y viceversa. Llegué ya de noche al hotel, donde estaban mis amigos, mi hermano y su amigo jugando cartas, tranquilamente. Mi hermano me llamó, pero no le hice caso. Seguí directo a mi habitación. Me quité la ropa sudada y me metí bajo la ducha a tomar un largo y reconfortante baño.- quedó silente nuevamente, como esforzándose por continuar la narración, me miró y siguió.

-Al momento entró mi hermano al baño y me dijo que era una lástima que me hubiese enterado de esa forma. Que no le dijera nada a nadie de lo que había visto esa tarde, además como era su hermano, las burlas de mis amigos me perseguirían toda una vida, me dijo. Me volví hacia él, le di un solo pescozón que lo hizo trastabillar. Él se quedó en pie, contemplándome en toda mi impotencia por el terrible momento vivido. Me abrazó fuertemente y yo me perdí en sus brazos llorando a lágrima viva. ¡Aún no entendía lo ocurrido! Una vez que terminé de llorar me pidió perdón. El tenía gustos diferentes a los míos y yo debía entender esa situación. Nunca dije nada a nadie sobre Puntarenas. Ni siquiera los amigos que estaban con nosotros durante ese paseo se enteraron. De hecho, es la primera vez que lo cuento.-

-¿Y, entonces, tu relación con tu hermano se vio afectada?- otra pregunta idiota, pero realmente me sentía idiota. ¡No sabía qué decir! Cualquier cosa que le dijera la sentía fuera de sitio. Me traté de poner en el lugar de mi amigo, pero es difícil comprender lo sentido por Felipe ese día en Puntarenas.

-Claro, Enrique. Fue, te lo digo, una lucha terrible dentro de mí. Por un lado ... -se quedó pensando lo que diría, fue una pausa extensa, mortificante. Volvió a retomar el relato -Me repugnó. ¡Entiendes! Me llené de rencor, por el hecho de lo que mi hermano estuviere haciendo, y porque me sentía asqueado. Por momentos me imaginaba que me lo hacían a mí. Sí, en esa época estaba terriblemente confundido. Por momentos sentía... bueno, sentía una sensación extraña hacia aquello que pude ver en esa maldita tarde. ¡Curiosidad! No sé. ¡No me veas así! Te lo confieso, sentí una especie de placer, pero al mismo tiempo estaba asqueado. Pero ahí no termina la historia. Hace unos seis años mi hermano murió. ¡Claro, intuiste que murió de sida! El muy maldito del majé con que se relacionó en la playa era un asqueroso promiscuo y lo infectó con esa maldita enfermedad...- evocar ese recuerdo, hizo que Felipe demudara su rostro y se le saltaran las lágrimas. -Murió en mis brazos, lo último que hizo fue verme, una lágrima corrió por su mejilla y expiró... En ese momento me derrumbé. Mi hermano era mi único apoyo.- terminó con la voz quebrada por el llanto.

Felipe quedó callado, con los codos apoyados en las rodillas, las lágrimas corrían por sus mejillas hasta caer gota a gota en el piso. Le iba a preguntar por lo otro que sintió cuando salió corriendo de la habitación de su hermano, pues el comentario lo dejó a medias, además quería comentarle que en parte su hermano lo coaccionó con la idea de compartir el escarnio y la burla de sus amigos si contaba lo ocurrido durante esa tarde, pero al observarlo me callé, me sentí extraño, aturdido, me entró una infinita ternura y en un impulso lo atraje hacia donde estaba sentado y lo abracé y le dije que llorar es bueno, que tenía mi pecho para que llorara el mar de remordimientos, de dolor que no pudo llorar nunca.

Y lloró, lloró hasta no quedarle lágrima alguna. Mientras lo abrazaba, entendí muchas cosas, cosas de la relación de Felipe y Ernesto. El ojo morado de Ernesto. El desprecio con que Felipe se dirigía cuando hablaba o le hablaban de gays. En ese momento, Felipe, el gran Felipe se convertía en un cachorrito en busca de protección y cariño. Pero también yo estimaba a Ernesto y me parecía una grosería que fuera él la víctima del rencor de Felipe. Pensaba, aunque no se lo dije, si su hermano no habría sido otro promiscuo. El leyó mi pensamiento.

-Sabes, mi hermano no fue un bendito tampoco, pues le conocí varios amigos "íntimos" después del suceso de Puntarenas, pero... ¡Era mi hermano!- Empezó a llorar nuevamente.

-Mi tata nos prohibía llorar. Decía que llorar era de mariquitas. Una vez que lloré, casi me mata.- Se quedó callado, nos quedamos callados, oyendo el monótono sonido de la llovizna que invitaba al reposo. El viento silbaba cuando se enredaba en los pinos cercanos. Felipe se durmió a mi lado. Se me hizo una amalgama de historias, dudas, extrañezas, enteramente confundido también me dormí.

Danzaba por mi mente, junto con los tragos, la conversación y todo lo que había acontecido esa noche, me cansó y me dormí. Ese día nos despertamos a eso de las diez de la mañana, Felipe arrodajado a la par mía. Yo con una tortículis de todos los diablos por haberme dormido con la cabeza hacia atrás en el respaldo del sillón.

Felipe preparó café y luego se metió al baño, al salir lo vi radiante, como siempre. Me preguntó si me quería bañar, pero yo le respondí que mi casa estaba cerca y me bañaría cuando llegara a ella. Le acepté una taza de café que me cayó de maravilla. Me miró, me tomó con su manaza por el cuello.

-Gracias, Enrique. Gracias por escucharme. Sabes, necesitaba sacar todo esto, eso que llevaba dentro. Te digo que si fuera del otro equipo te desearía como pareja.- Miró mi reacción y se echó una sonora carcajada. Esa declaración me tomó por sorpresa. ¡No supe qué pensar! Simplemente lo vi a los ojos y le obsequé con una sonrisa, pero sentí un ligero rubor que se apoderaba de mis mejillas.

-¡Te pusiste rojo! ¿Lo que dije te movió el tapete?- me largó el comentario así no más, acompañado por una súbita risa que celebraba la ocurrencia. Yo no supe qué decir, simplemente levanté la mano a modo de despreocupada despedida y encaminé mis pasos a mi morada. Ya en mi casa, me bañé. Me vestí pues había prometido a una amiga llevarla a una obra de teatro. Pero ese día no sentía ningún deseo de ver a nadie, menos estar en un teatro lleno de gente. Llamé a mi amiga y le inventé una dolencia que me impedía salir de la casa.

El martes de la semana siguiente Ernesto me llamó a mi celular y me solicitó vernos, tenía que hablar conmigo. Que era ya imposible seguir viviendo en la casa de Felipe. Yo le dije que simplemente recogiera sus cosas y se marchara. Pero me respondió que no era tan fácil, ganaba poco y así de sopetón pues no tenía dónde ir. Esa tarde, iba en el bus para San José, y logré divisar a Ernesto. Exhibía otro moquete bien dado en el otro ojo y un morete enorme en su mejilla. Ese día al filo de las cinco de la tarde estaba en los predios de la universidad tomándome un café y veo a una chica que me observaba y quería entrar en contacto conmigo, al rato se levanta, se acerca, era una chica muy guapa, hasta que la reconocí.

-¿Eres la novia de Felipe, no es así?-

-La ex, querrás decir. ¡Pues sí, tuve la desgracia de ser la novia de ese encantador patán! Te reconocí y me acerqué a saludar simplemente.-

-¿Quieres que te invite un café?-

-Sí, gracias.-

-¿A saludar simplemente? ¿Quieres saber cómo está Felipe? ¿cierto?-

-Talvez- y sonrió. Unos exquisitos camanances se le formaron en sus rosadas mejillas.

-¿Se puede saber qué pasó con ustedes? ¿Se veían como una pareja muy agradable!-

-Cuando el mae es machista, llega una a un límite de aguante. ¡Felipe es un agresor!

-Pero, él me dijo ...

-Supongo que te dijo que él me cortó, que ya estaba cansado de las viejas locas, como él dice. Que no le gustan las mujeres manipuladoras...

-¡Y posesivas!- la interrumpí.

-¡Cierto, y posesivas! El empezó a burlarse de mi trabajo, de lo que hacía. Me agredía psicológicamente. Decía que la mujer solo debe estar en la casa y me trataba como a una basura. Realmente él me gustaba, al principio yo tenía ganas de profundizar la relación. Es encantador, pero una no vive de encanto.-

Calló por unos momentos para tomar un breve sorbo de café, me miró, entornó sus bellos ojos, y me dijo -Pues sí, tienes razón, te vi y quise por curiosidad saber cómo está mi ex encanto.-

-Tu ex encanto, como lo llamas está bien. Hace poco estuvimos hablando largo y tendido.-

-¡Y Ernesto! ¿Está bien?

No sé qué cara le puse pero ella dibujó en su cara una risilla traviesa mientras tomaba el café. Esos ojos negros enmarcados en una cara redonda y sonrosada evocaban a las nenas de las películas de los sesentas.

-¡Veo que te sobresaltaste!-

-¡Me parecía que tú no lo conocías!- le dije, pero lo sonrosado de mi rostro me delató.

-¡Mi ex encanto me lo presentó! Muy agradable Ernesto. Pues sí, te digo que apenas empecé a conocer más a fondo a Felipe, se me fue evaporando el encanto de la primera vez que lo vi, se puede decir que me cansé. -

Raquel, que así se llamaba la ex de Felipe, continuó conversando conmigo, de otras cosas. Era muy agradable. Terminamos de charlar y nos separamos. Después de ese encuentro casual no la volví a ver. Me fui para mi casa pensando, tratando de entender al ser humano. ¡Tratando de entender a Felipe! Esa noche recibí una llamada de Ernesto, se escuchaba gangoso, afónico, estaba sumamente resfriado.

Me contó con rodeos sobre conchadas de Felipe hacia él. Luego me dijo que tenía que cortar la llamada y lo hizo abruptamente. Pienso que en ese momento llegaba Felipe a la casa. Me acordé de una novela de Cabrera Infante, que describe al macho, quien al ver cualquier cosa moverse lo traducía como objeto sexual susceptible de ser cazado. ¡Felipe era así! El macho posesivo.

Al día siguiente, en la mañana, escuché sirenas cercanas. No le di importancia, hasta que un vecino me llamó por teléfono para contarme de un accidente que ocurrió a eso de las seis de la mañana en el barrio, un cilindro de gas explotó y al parecer mató a uno de los habitantes de la casa siniestrada. Eran las diez de la mañana y salí en un solo carrerón. Pude ver la pared frontal completamente destrozada, el portón grande resistió la terrible explosión. Los bomberos llegaron a tiempo para contener un incendio que pudo ser de historia en el barrio.

¡Ernesto había muerto instantáneamente! No sé por qué pero intuí que no había sido un accidente. Los bomberos habían dicho que posiblemente la causa fue una fuga de gas. En ese momento aparecía Felipe, salía de una casa vecina, me abrazó y lloró, pero lo vi con diferentes ojos de cómo lo había visto siempre, más bien con odio, por lo que yo empezaba a entender de él y de su farsa. No obstante le ofrecí mi casa mientras le arreglaban los daños en la suya. El aceptó mi ofrecimiento.

Se trasladó a mi vivienda. Salimos en la noche a un bar cercano donde ponían una música suave. Ahí hablamos de cualquier cosa, sobre todo de literatura. Llegamos a la casa ya tarde, hacía calor así que nos bañamos. Nos quedamos después oyendo música instrumental. Tenía una botella de whisky y nos la tomamos casi toda. Conduje la conversación hacia el tema que yo quería.

-*¿Extrañas a Ernesto?*- le pregunté, como para abrir una conversación, en donde pretendía preguntarle muchas cosas, de su ser, de su relación con Ernesto, qué sé yo, pensaba confesarlo.

-*¡Claro! Cuando volvía de comprar el pan para el desayuno me encontré la terrible realidad. Llegué al momento en que muchos vecinos gritaban y algunos llamaban a los bomberos que arribaron como a los quince minutos. Yo estaba petrificado. Luego, pude ver cuando lo estaban sacando. Estaba muy quemado. Aún tengo su imagen en mi mente. Alguna parte de la piel de su cara estaba escoriada, de un tono morado oscuro que no puedo precisar. ¡Fue horrible! Sabes, tenía como burbujas en la piel. ¡No puedo creerlo! Mi amigo muerto. ¡No quiero creerlo!*- soltó el llanto.

-*La muerte les llega a todos, mi estimado Felipe. La muerte les llega a todos.*- le espeté mirándolo llorar. Me sentía impotente.

-*¡Pero de esa manera tan cruel! No lo puedo creer aún, Enrique. Extrañaré su sonrisa, extrañaré su compañía. Extrañaré.... No deseo asistir a su funeral-*

me miró fijamente, luego con un rictus en su cara dijo –*¿Eso me hace un monstruo? Enrique...*

-*¡Extrañarás a tu víctima!*- Le lancé de pronto el reproche, fuerte como un golpe de mazo. Felipe se quedó por unos segundos observándome. Mis palabras quedaron flotando en el ambiente, de por sí denso en esa noche.

-*¿Cómo terminaron viviendo juntos? ¡Tú no lo soportabas durante los años del cole!*-

-*Fue... lo echaron de su casa. El mae estaba desesperado. Fue cuando nos vimos, me contó lo que le ocurría y lo admití en mi casa. De ahí en adelante...*- siempre me hacía lo mismo, dejaba las frases a medio hacer. Era insoportable, siempre lo hacía. Además, intuí que no me contaba toda la verdad sobre Ernesto y él.

-*Felipe, él era... bueno era tu... era... era tu amigo, tu amiguísimo... compartía tu casa.*- me quedé patinando, atragantado por la pregunta que no quería salir de mi boca. ¿Una morbosa curiosidad? No sé, pero no pude preguntar. Iba a volver a formular la pregunta cuando Felipe me cortó en seco.

-*¡Era, era, era! ... ¿Por qué tartamudeas? ¡Dilo, así, a secas, tú piensas que era mi pareja! ¿O no era lo que deseabas preguntar?*- terminó su alocución con una sonrisa ambigua. Me sobresaltó su comentario enteramente agresivo.

-*Bueno, no me meto en las cosas de mis amigos. Si ustedes se entendían, pues qué bueno para ambos.*- Otra salida falsa mía. Es que me acomplejó su arrogancia del momento.

-*Sabes, te agradezco que estés conmigo en estos momentos difíciles. Eres un gran apoyo. Lo aprecio en todo lo que vale, Enriquito.*- me miró profundamente y prosiguió -*Te quiero mucho, Enrique. ¡Me entiendes! Creo que siempre me has entendido. Me gusta mucho tu amistad, en serio.*

-*Sí, te entiendo, y en lo que pueda ayudarte, acá estoy, Felipito. Aunque debes reconocer que siempre al preguntarte algo incómodo me sales con rodeos, como ahora.*- y esboqué una leve sonrisa.

-*¡A veces los rodeos son importantes! Pero debes reconocer también que eres terrible para preguntar. Pero sí, me gustan los rodeos, quizá sea mi personalidad. ¡Nunca he mostrado todas mis cartas!*- se vio las uñas de la mano derecha y quedó meditando.

Nos quedamos callados unos segundos. Unos segundos que se convirtieron en un pequeño descanso para ambos. Estábamos cansados de acecharnos. Yo tratando de preguntar cosas difíciles, y él evadiendo, siempre evadiendo. Volví a animarme.

-*Felipe, tú... Eres... Eres... Tú sabes... Para mí es difícil preguntarlo... Eres...*- Me puse rojo.

Cuando intuyó lo que le trataba de preguntar, se le tiñó el rostro de escarlata y se mostró un tanto incómodo. -*¿Gay? Pues no, no lo soy, sabes que los detesto. Odio todo lo que huele a gay por lo de mi hermano. Por lo del maldito que se la enterró teniendo sida.*- me sostuvo la mirada, una mirada arrogante pero también débil, sin asidero.

-*Pero vivías con Ernesto, y sabías que él era lo que odiabas tanto. ¿Por eso le pegabas a Ernesto, por eso lo agredías?*- esta vez fui yo quien le sostuvo la mirada,

mientras él me observaba sorprendido por lo que le pregunté directamente, sin rodeos.

-Aunque me duele decirlo ahora, Enrique, pero Ernesto era un simplón. La vida es muy compleja. Los sentimientos son complejos.- dirigió la vista a la pintura colgada de la pared.

-Es cierto. Los seres humanos somos la mar de complicados. Siempre he pensado que el ser humano quiere conocer los límites del universo, o los misterios submarinos, pero irónicamente no nos conocemos. En fin, es la vida. ¡Pero no se agrade a una persona por ser simplona!- me sentí orgulloso con mi sesudo comentario.

-¡Te estás pareciendo a la roquilla aquella que nos daba la clase de psico! Te acuerdas, que le decíamos Chimenea. A Ernesto yo lo estimaba. Pero entre él y yo hubo diferencias claras y contundentes.- Me miró desafiante, como defendiendo el punto, pero ¿cuál era el punto de Felipe?

Serví otro trago y medité en la compleja psicología de mi amigo, o sería que yo no entendía nada de nada por mi propia complejidad, por mi enredo mental de ese momento. En ese instante sentía rencor pero también algo que no puedo explicar, algo así como un extraño deseo, un sentimiento que no lograba comprender. ¡Todo lo vivido fue tan rápido!

-¡Estás muy filosófico esta noche, Enrique!- me reclamó Felipe.

-Sí, disculpa Felipe. Esta noche estoy susceptible. Es la muerte de Ernesto, supongo. Me tiene mal. Disculpa.- moví levemente los hombros y me senté a su lado.

-No tengo por qué. Me has ayudado mucho. Enrique. Además, siento que tienes los pies bien puestos en el suelo. Sobre todo te agradezco que me escuches, después de la muerte de mi hermano, no tuve a nadie que me escuchara. Enrique te... Yo te... Siempre deseé un amigo que hablara de cosas que necesitaba sacar del basurero de mi conciencia.-

-O sea, que soy un buzo de los sentimientos- largué la risa que fue acompañada por la estridente de Felipe.

-Bueno, Felipito, es tarde, tengo sueño. Vámonos a dormir. ¿No te incomoda compartir mi cama? Es muy grande y podremos dormir cómodos.- para molestarlo junté los dedos índices y los rocé levemente, eso le sacó otra sonrisa.

-A no haber otra posibilidad, qué se le va a hacer. ¡A olerte tus pedos! -

-¡O los tuyos! Pues me acuerdo del cole que te los echabas bastante hediondos.- Lo dije con una sonrisa. Él me obsequió con uno de sus hilarantes gestos. Entonces me acerqué y le pasé mi brazo por los hombros y estuvimos así un momento. *-Te quiero mucho, Enrique, gracias por tu amistad, la sopeso en todo lo que vale-* lo volví a ver y una lágrima pendía de uno de sus párpados. ¡Se veía tan indefenso!

-¡El sentimiento es mutuo! Felipe, me alegré cuanto te reconocí ese día que nos vimos en la parada de buses. Necesitaba a alguien con quien conversar, pues no tengo muchos amigos.-

Felipe esbozó una sonrisa.

Nos acostamos.

Me acostumbré a dormir solo. No me adaptaba a dormir acompañado, aunque fuere por unos cuantos días. ¡Era imposible! Ese primer día no podía

conciliar el sueño. Observaba el bulto del cuerpo de Felipe y pensaba qué carajos estaba haciendo para haber salido de mi rutina así de golpe, al involucrarme en un problema que no me correspondía resolver. Suspiré. Sería una estadía muy, muy larga.

Así pasaron cerca de quince largos días. Pero conforme pasaban, me acostumbraba a Felipe. Era algo nuevo para mí. ¡No sé qué sentía! Era una mezcla de sentimientos. Llegó la última noche, Felipe volvía a su reconstruida casa al día siguiente. Esa noche, después de una larga charla, nos acostamos al filo de la medianoche. La noche era fría, una típica noche de febrero en el pueblo. Felipe dormía a medias, yo no podía dormir. Lo sentía tan cerca, su piel, su calor, su respiración. Realmente me sentía bien, nunca había estado tan cerca de un amigo y no podía explicar en ese momento mis sentimientos. Esos días me habían acostumbrado al olor y al calor de la piel de Felipe. Él posiblemente sentía lo mismo, porque se acercó a mi cuerpo y me rozó levemente, esto hizo que a la vez me acercara a él.

Entonces se me ocurrió vengar a Ernesto. ¡Sí, vengarlo! ¿Cómo? Pues ya te lo estarás imaginando, así que por qué he de decirlo. ¡Era el momento oportuno! Tenía sentimientos encontrados. Esa noche se palpaba una nube de sensualidad y al mismo tiempo de rencor. Felipe se acercó más, y prácticamente sentía el calor que irradiaba de su espigado cuerpo. Fue el momento en que perdí la cabeza.

Todo ocurrió muy rápido, lo hice con una mezcla de odio y placer, se puede decir que era una placentera violencia. No puedo saber si fue por la rapidez de la acción, o porque él lo esperaba pero ocurrió. Él gemía y los gritos los ahogaba en la almohada. En ese momento yo sentía el poder del macho dominante. Yo era el macho cazador, el conquistador, el macho de las novelas de Cabrera Infante. Sentí que estaba plantando la bandera de mi ser en el cuerpo de mi amigo.

Las veladas súplicas de Felipe para que lo dejara, aumentaron mi ardor y mi violencia. Luego nos separamos, agitados. Estábamos empapados de sudor, de él, mío. Quedó de espaldas, yo boca arriba. Se volvió y me acarició, pero le rechacé su caricia. En ese momento sentía una mezcla rarísima de sentimientos: odio, inquietud, extrañeza, placer, dolor, vergüenza, odio por lo que hice, por lo que hicimos, pero al mismo tiempo un sentimiento de sensualidad, de conquista, que me hizo parecerme a él, ser su imagen en el espejo.

Recibí un puñetazo en el bajo vientre, se levantó y se fue a sentar en el sillón junto a la ventana. Ahí se quedó. Esa noche no regresó a la cama. Creo que ambos sentimos un dolor que intuía iba más allá del físico.

Era una madrugada cálida, la habitación estaba ambarina, los primeros rayos del sol se filtraban por la ventana a medio abrir. Pensé que me reclamaría, que nuevamente me agrediría, pero lo que atinó a decir fue que no pensó que nunca nadie... pero ahí cortó la idea que yo completé por él.

-...te hiciera lo que hacías con Ernesto, que te hacía sentir poseedor de conciencias, de cuerpos y de ánimos. El macho, el conquistador había sido domado y conquistado, sin cariño, solo placer, como dos sacos de carne.- Se lo espeté con rencor. Me observó largo rato. Me lo dijo todo con esa mirada, una mirada cargada de derrota. Pero luego me dijo algo que no esperaba.

-Talvez lo quise así Enrique... talvez lo quería... talvez deseaba... Talvez... mi hermano y su amante...- la sonrisa con que acompañó su comentario era diferente, cargada de derrota.- Me sentí mal en ese momento. Me levanté, preparé el desayuno mientras Felipe tomaba un baño. Desayunamos tranquilamente, sin embargo había un ambiente diferente. Algo cambió para siempre entre él y yo.

Él estaba destruido en su amor propio, lo podía palpar. Él percibía su relación con Ernesto como la del macho posesivo, pero no concebía igual la relación que mantenía Ernesto con él. Felipe tenía la percepción de que Ernesto fue el único gay en la relación. Hoy se sentía usado. Esa noche Felipe descubrió en él por primera vez en su vida lo que tanto odió. Al irse, me miró mientras entrecebraba la puerta.

-Sabes, cuando te sentí dentro de mí, me imaginé por un instante a mi hermano sintiendo con placer a su amado. En ese instante deseé profundamente que fueras mi... De todos modos, ahora me siento enteramente confundido, es una rara mezcla de sentimientos encontrados, no puedo pensar, me siento extraño.-

Bajó lentamente las gradas hacia la acera, se detuvo y luego se volvió y me dijo *-Me siento igual que cuando rompí la magia entre mi hermano y su amante, ese lejano día en Puntarenas.-* Esbozó una tenue sonrisa. En la acera se volvió un momento, me miró y dijo:

- Yo pensé, por un momento que, que tú... que tú me... bueno que sentías... Pero bueno, de todos modos ya todo está hecho...- Una sonrisa neutra afloró en sus labios. Alzó la mano y la movió en señal de despedida. Se alejó lentamente de mi apartamento y de mi vida para siempre. ¡Era la última vez que lo vería! Cerré la puerta en el momento en que una lágrima de reproche recorría mi mejilla.

Entiendo lo que me dices, que no ves cuál es el problema de todo esto. Creo que porque ahora hay libertad sexual, la gente no ve esas relaciones con los ojos que las veíamos hace cerca de cuarenta años. La relación gay no es el problema de esta historia, el problema es la hipocresía en que vivíamos en esos años, que fomentaba el odio y el doble discurso para ocultar una forma de ser que no era compatible con la sociedad del momento.

Ernesto fue víctima de un odio sin límite. Es el odio engendrado en una sociedad machista por excelencia. Yo lo intuí de esa manera, pero cuando analicé lo que hice con Felipe, no tomé en cuenta los sentimientos que se habían fraguado hacia mí en el corazón de Felipe, ni mis propios sentimientos. Entonces me sentí mal, terriblemente mal, porque al igual que Felipe quien no tenía derecho a utilizar a nadie, yo tampoco tenía derecho de destruir la vida de una persona como Felipe, más cuando él había confiado en mí, me estaba abriendo su corazón paulatinamente. Debo reconocer que descubrí una parte mía que no conocía: el disfrute de la crueldad detrás de un placer malsano en el marco maldito de la hipocresía.

Sí, entiendo que es una historia compleja. De hecho como te dije desde el principio, he pensado que podrías escribir todo un tratado de psicología a partir de esta historia. Freud se volvería loquísimo con este caso. Pienso que fue una unión de circunstancias la que hizo posible esta historia, esto porque no he vuelto a sentir esa amalgama de sentimientos encontrados...

Otro tapón difícil de sacar... ¡vamos, salí, corcho de todos los dem...! Hasta que por fin salí, este es un tempranillo... ¿Está bueno? ... bien, volviendo a nuestra historia, al principio sentí mucho miedo al descubrir mis deseos más profundos, deseos que tal vez ya intuía desde mucho tiempo antes, pero que afloraron de manera abrupta, arrolladora, en eso creo que fui igual a Felipe.

Al tiempo de ese episodio de mi vida, empecé una relación con una amiga que llegó a ser mi esposa. Me ayudó el matrimonio, tal vez un manteado que ocultó mis sentimientos, pensarás. Cuando supe que Felipe se había suicidado a los dos días después de nuestro encuentro, me sentí triste, algo moría dentro de mí, porque siento haber colaborado en ese funesto hecho.

Fue sin duda el irremediable producto de mi placentera venganza de esa noche, una extraña venganza por Raquel, por Ernesto y por todas las personas que de una manera u otra fueron usadas por Felipe. Pero de todos modos siempre me pregunto si la venganza fue la excusa para explorarme. Sí, siempre amé a mi esposa. En uno de sus libros, Schifter habla de la necesidad de los reos al tener ese tipo de relaciones pero que cuando salen de prisión no vuelven a sentir esos deseos. ¡El ser humano es demasiado complejo!

Sí, te cuento esto porque siento que se lo debo a Felipe, a Ernesto, a mí. No porque me sienta arrepentido de lo que hice con Felipe. Te lo cuento porque la historia es un material que en tus manos puede convertirse en una obra maestra, transformarse en algo positivo, lo único positivo que podría generar esta extrañísima historia.

Podrás entender el cuadro de la compleja situación que llevó al suicidio de Felipe. Quedó claro en la carta que Felipe dejó en su repisa de noche cuando tomó las pastillas que lo llevaron a la muerte. Sí, se dio cuenta de que encarnó lo que tanto odió. Tenía una mezcla de sentimientos, congojas, culpas, vergüenza que no le dejó espacio para aceptarse, para conciliarse con el mundo, ¡su mundo! pues siempre se vio reflejado en su hermano. Sí, la otra parte de los sentimientos que ese día Felipe tenía fue la profunda atracción hacia lo que pudo observar ese día, allá en Puntarenas.

La aceptación del crimen de Ernesto en la carta-confesión que Felipe dejó en su repisa de noche, demuestra su laberinto mental, su enredo psicológico, un encrespado océano de dudas, de culpas, de reproches a sí mismo, de derrotas, especialmente la que yo le infringí aquella noche de febrero, aunque él dijese haberlo consentido, para al final lo que él pensaba ocurría por amor, realmente era producto de un morboso deseo de placer.

Sin embargo, no sé si algo se fraguó en mi corazón. ¿Por qué no le abrí mi corazón? Me preguntas. Creo que por temor, para mí era algo nuevo, diferente. Tal vez si le hubiera abierto el corazón, de momento no se hubiera suicidado, tal vez incluso... Pero es antihistórico sacar conclusiones por cosas que pudieron ser pero no fueron...

Sé que te hace gracia, pero es lo que tengo que decir. Sí, es cierto, ahora que el matrimonio de parejas del mismo sexo es una realidad, entonces esta historia en estos momentos está fuera de lugar, pues ya la sociedad se ha acostumbrado a ver parejas gay en los sitios públicos donde en mis tiempos era obsceno, ya es

común ver bodas gay, los hoteles tienen paquetes de servicios para luna de miel de parejas gay. Para poder comprender todo el significado debes situarte en el pasado, cuando esto no era normal. Verás entonces que esta historia tiene su asidero en la agresión, tanto la social como la individual.

Además, el reconocimiento legal del matrimonio de parejas del mismo sexo ha puesto en el tapete aspectos que antes no podían existir o tipificarse como delito, como el caso de un hombre que llegara a la Sala Tercera a denunciar violencia doméstica por parte de su pareja gay; el gay pasivo agredido no tenía una tipificación dentro de la lista de delitos. Ahora las cosas han cambiado. Me enteré de que está siendo discutida la creación de la defensoría del pasivo agredido, o algo por el estilo, lo cual es un gran avance sin duda alguna.

Tú, como escritor, no sabes qué hacer con esta historia, yo tampoco sé qué hacer con ella. Por lo menos eres escritor y en algún momento te puede llegar la chispa para moldearla. Pero para mí recordar es torturarme, no obstante era revivir algo que necesitaba sacar y hablarlo con alguien. Por eso te llamé. Como te dije, no me siento culpable por lo que hice. Únicamente me siento culpable por haber dado rienda suelta al odio, haber jugado de pinche vengador... Me siento culpable de la muerte de Felipe.

Nunca podré saber qué fuerzas relacionaron a personas que únicamente teníamos en común el haber sido compas del cole. Felipe y Ernesto entraron en mi vida como un torbellino y como un torbellino salieron de ella. Fue un momento fugaz de mi vida. Ahora, en mi vejez lo cuento, pues no entiendo aún qué ocurrió. Sí, logré entender algo que siempre se comenta como una presea intelectual, pero realmente nadie se lo cree hasta que no se ve envuelto en hechos tan extraños como los que en mi momento pude vivir: la psique humana es lo más complejo de la creación y como tal al ser humano no se le puede encasillar y los límites entre el odio y el amor, entre lo bueno y lo malo, entre lo bello y lo feo, se desdibujan cuando actúan profundamente los sentimientos deformados por los deseos.

Ahora, a la distancia del tiempo, no tengo rencor, sí arrepentimiento por la muerte de Felipe, fue un extraño capítulo de mi vida, tal que mi esposa no supo nada de esa historia. Nunca se lo conté, no por temor, sino por un sentimiento de macho, debo reconocer. De todos modos, al evocar esos recuerdos reconozco que disfruté los días de amistad con los amigos de la casa del portón grande, allá en mi adorado barrio de juventud.

